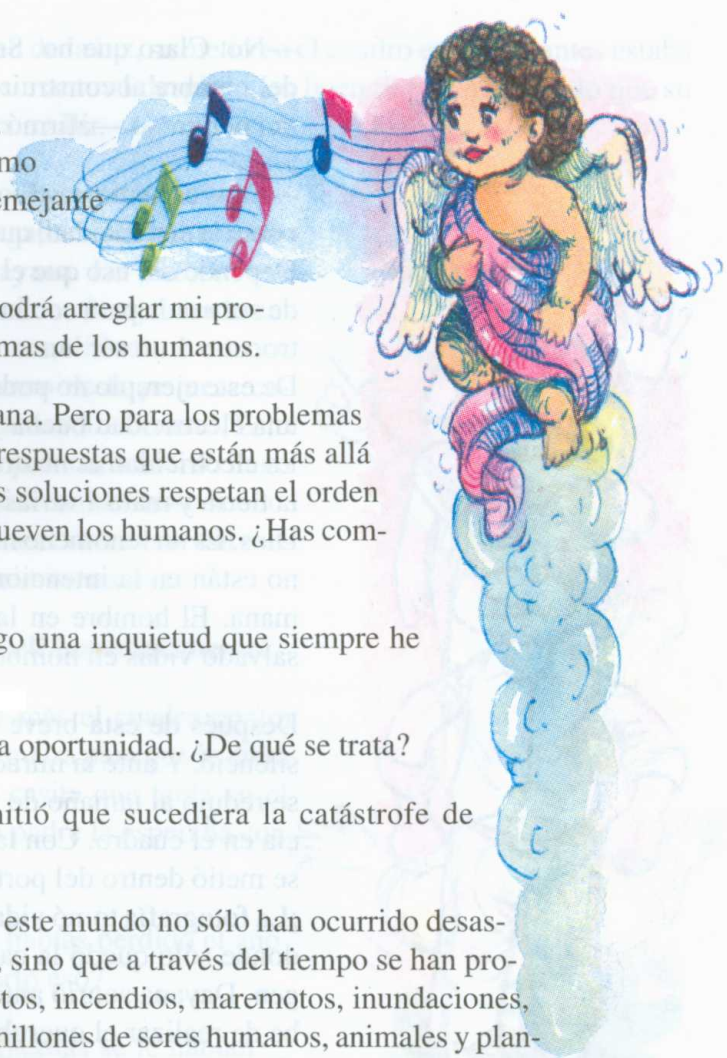
ra de lado sus temores y enfrentara con valor el problema. Sin embargo, Dayana quiso saber cómo podía Dios sacarla de semejante lío.



—Pienso que Dios no podrá arreglar mi problema sin violar las normas de los humanos.

—Eso es correcto, Dayana. Pero para los problemas del hombre, Dios tiene respuestas que están más allá de la imaginación. Estas soluciones respetan el orden de las cosas en que se mueven los humanos. ¿Has comprendido?

—Sí, Omaira. Pero tengo una inquietud que siempre he querido aclarar.

—Bueno, ahora tienes la oportunidad. ¿De qué se trata?

—¿Por qué Dios permitió que sucediera la catástrofe de Armero?

—Escucha, Dayana. En este mundo no sólo han ocurrido desastres como el de Armero, sino que a través del tiempo se han producido guerras, terremotos, incendios, maremotos, inundaciones, etc., donde han muerto millones de seres humanos, animales y plantas. No pienses que Dios es el causante de todas estas desgracias... Porque si un hombre construye una casa al pie de un volcán y luego éste hace erupción y arrasa con la vivienda y con sus habitantes, no pensarás que la culpa es de Dios. En este momento ustedes disponen de una Dirección Nacional para la Prevención y Atención de Desastres, el cual distribuye suficiente literatura donde se enseñan las normas para evitar, a futuro, que se repitan este tipo de tragedias. Si en la época de la tragedia de Armero hubiera existido una difusión tan amplia sobre prevención de desastres naturales como la hay hoy, en donde el fortalecimiento comunitario y la participación activa de la población capacitan a las personas para manejar situaciones de riesgo, con seguridad lo de Armero se hubiera podido evitar.

—No. Claro que no. Se debe a la imprudencia del hombre al construir su vivienda en un lugar tan peligroso —afirmó Dayana.

—Dios es neutro —dijo el ángel y agregó—: Es como la electricidad, que no es ni buena ni mala. Depende del uso que el hombre le dé. Ella puede ser usada para cocinar alimentos o para electrocutar a un ser humano en una silla eléctrica. De este ejemplo no podemos deducir que existe una electricidad buena y una electricidad mala. La electricidad es neutra. Y si un rayo cae sobre la tierra y mata a varias personas no es culpa de Dios. Es un fenómeno natural. Lo malo y lo bueno están en la intencionalidad de la mente humana. El hombre en la tierra ha matado y ha salvado vidas en nombre de Dios.

Después de esta breve disertación, el ángel se silenció. Y ante la mirada incrédula de Dayana, se redujo al tamaño de la fotografía que aparecía en el cuadro. Con la rapidez del relámpago se metió dentro del portarretratos. ¡Increíble!... ¡La fotografía tomó vida y se salió del cuadro!... donde sólo quedó la cartulina blanca, sin imagen. Dayana sonrió ante el portento que acababa de realizar el querubín. Ahora tenía frente a ella, en tamaño reducido, a la niña Omaira Sánchez, con su vestido blanco de la primera comunión.

Dayana, llena de ternura hacia la niña, le preguntó:

—Omaira, cuando te necesite...

La conversación con el querubín se interrumpió porque escuchó voces en la casa y pensó que sus padres habían llegado. El reloj de la torre de la iglesia marcó las doce campanadas de la medianoche. El

ángel azul, a la velocidad de la luz, se metió en el cuadro en donde antes estaba la fotografía. Dayana se mantuvo despierta un buen tiempo esperando que su amiga del cielo volviera a salir.

A la mañana siguiente, el gorjeo de los centenares de pájaros que llegaban al árbol a comer frutos despertaron a Dayana. Lo primero que hizo la chica fue mirar el cuadro que tenía entre sus manos y quedó maravillada al ver que el color del vestido blanco de la primera comunión de Omaira se había tornado azul. Esto la llenó de alegría, pues por un momento llegó a creer que todo había sido un hermoso sueño. Estaba en estas reflexiones cuando un estruendoso grito la sacó del ensimismamiento.

—¡Dayana!... ¡Baja de allí inmediatamente!

Dayana apretó una vez más el cuadro contra su corazón y le rezó a Omaira para que le diera valor. Descendió de la casita que tenía en el árbol y encontró que su padre la esperaba con cara de pocos amigos.

—¡Me informaron que habías perdido el año en el colegio!... ¿Es cierto eso?

Dayana sintió que las piernas se le habían vuelto como de gelatina, sin embargo, sacando fuerzas de los consejos del querubín, contestó:

—Sí, padre. Es cierto. Pero lo que tú no sabes es que...

El hombre no permitió que su hija siguiera hablando y se llevó la mano al cinturón, pero en ese instante la voz firme de su esposa entró en escena.